

SONETO XIV

AL PADRE DE UN ORDENADO, SOBRE
LA DIGNIDAD DEL SACERDOCIO

De majestad circuido y de grandeza,
Desde el cielo do alumbra eterno el día,
A las manos de tu hijo descendía
El Dios de santidad y de pureza:

Lo vi, y de luego conocí la alteza
Del sacerdocio santo: y el alma mía
Estática reboza de alegría
Que no es de la común naturaleza.

¡Oh, "Collado," mil veces venturoso!
Si vieras esta escena tan brillante
Que se ofrece en el templo majestuoso,

Hicieras....¿qué no hiciera un padre amante
En éste el de sus días el más glorioso?
Pero si ausente estás ...si está distante...

No, pues, su voz levante
De las alegres Pférides el coro
Sin que al canto se siga el triste lloro.

ELOGIOS FUNEBRES

EN LA SENSIBLE MUERTE

Del P. F. Manuel Navarrete.

ELOGIO PRIMERO, COMPUESTO POR D.
MARIANO BARAZABAL

LAGRIMAS DEL ARCADE ANFRISO,
ARRODILLADO ANTE EL SEPULCRO
DE SU MAYORAL NAVARRETE

ELEGIA

Dolor: si es que animado
Perenne me acompañas,
Por voto que los dioses
Hicieran contra mi alma:
Un momento te aparta, dolor mío,
De fomentar mi grave desvarío.
Deja sellen mis labios esta losa,
Dó mi caro MANUEL en paz reposa.

¡Oh tú, lápida fría!
Que un entredicho enorme
Al último consuelo
De mis ojos opones:
Deja de ser hoy piedra, y en blandura
Transfórmese tu ser y entraña dura;

O ya que dominarte no han mis brazos,
¡Mi llanto y mi dolor te hagan pedazos!

No me responde.... ¡Cielo!....
Mas ¿cómo?... ¡qué delirio!
¡No hay piedad en los hombres!
¿Y á una piedra la pido?...
Ah! mundanales son vuestros antojos,
Ojos del cuerpo, limitados ojos:
No veréis á MANUEL, porque esta palma
Ya sólo la da el cielo á los del alma.

Con ellos, ¡ay! con ellos
Miraré de hito en hito,
Como águila, al segundo
Apolo del Olimpo:
Aquel divino vate, que solía
Colmar al indio suelo de alegría,
Entonando al amor: decid, pastores,
¿Qué flera no escuchaba sus amores?

Venturosa "Clorila,"
A cuya sien tejieron
Mis floridas guirnaldas
Sus amorosos ecos:
Congratúlate, amiga, con la idea
De que la cornucopia de Amaltea,
Ni su jardín florido recopila
Flores como "las flores de Clorila."

¡Ay, "inocente Anarda!"
El alma me penetran

Tu nombre: tu memoria:
Tu virtud: tu "inocencia."
Pues cuando nos cantaba dulcemente
A su "Anarda," MANUEL, á su "inocente,"
Tuve yo que quejarme, con env dia,
De la otra cruel "Anarda" y su perfidia.

Si aquejado se daba
A las justas querellas
Del hado y la fortuna,
Enterneció á las piedras:
Yo por sus "Ratos tristes" clamé inefo:
"¡Oh! ¡nunca estés alegre, MANUEL mio!"
Porque cuando tierno sus enojos,
Ojos que no lloraban, no eran ojos.

Si consagraba fino
De su alma generosa
Las efusiones tiernas,
A la "amistad" heroica:
"Fileno," dílo tú, ¿qué producían?
Efestión y Alejandro renacían;
Y en vivo ejemplo de amistosas huestes,
Volvían al mundo Pílates y Oreses.

Mas, aunque prodigiosos
Son todos estos rasgos,
Preciosos ornamentos
De nuestro suelo patrio:
Nada he dicho, pastores: mi desvelo
Ha tratado por fin cosas del suelo;
Y aun le falta que hacer á mi
El encomio mayor á su alma pura.

Miradle, con Urania
En el etéreo carro
Penetrar el empíreo,
Con empeño sagrado.
Oid cantar... ¡con cuánta melodía!
La adorable "Pareza de María"....
¡Hombre! si ángel no fuistes en el suelo,
¿Cómo te remontastes hasta el cielo?

Basta, sí: y al empeño
De mi fina memoria,
Excúsele la muerte
De la negra lisonja.
Falleciste, MANUEL: la parca dura
Te sujeta á una triste sepultura:
¡Ya no se oirán tus celestiales voces,
Intérprete divino de los dioses!

Cloto, Láquesis, dadme
Del precioso hilo cuenta:
¿Qué habéis hecho, cuitadas?
¿Cortóle Atropos fiera?
¡Suspenda la segur, parca enemiga!
Suspéndela, ó el cielo te maldiga!....
Mas ¡ay! que ya es en vano mi desvelo:
Parca, perdona; obedeciste al cielo.

Espíritu grandioso,
Que de la tierra ingrata
Has cumplido el destierro
Y tornas á la patria:
Esta triste canción á tu memoria
Consagro, porque el fasto de la historia,

Pueda decir al orbe en algún día:
"Fr. MANUEL NAVARRETE, aquí vivía."

Y tú, yerta ceniza,
La ineptitud perdona
Del malhadado Anfriso,
Que moribundo llora.
No tengo flores poéticas divinas
Con qué honrar tu sepulcro; sino espinas:
¡Sólo te ofrece mi letal quebranto
Momento triste, silencioso llanto!

Vos, las Piérides almas,
Que del castalio néctar
Gustjrais la ambrosía,
Cantad la triste endecha.
A Dios.... Y tú, coturno, que calzaba
MANUEL, cuando en el mundo saltaba,
Este ósculo recibe, y ven al temp'o
De la inmortalidad á dar ejemplo.

ELOGIO SEGUNDO, COMPUESTO POR EL
LIC. D. WENCESLAO BARQUERA

ODA SAFICO-ADONICA

Tu faz llorosa con la negra cauda
De noche eterna presurosa cubre:
Rige á las ondas tu flamante carro,
Délfico númen.

La opaca niebla del fatal Ereoo
El orbe llena de pavor y susto,
Y la tristeza por dó quier extiende
Hórridos lutos.

El Euro y Noto, en huracanes fieros
Y de Apebiotes el rugiente silbo,
El valle aterre, y en el bosque se oigan
Pávidos gritos.

Ha muerto, clamen, NAVARRETE el sabio:
El vate divo, cuyo plectro de oro
En diestra mano, competir pudiera
Con el de Apolo.

(1) "El vate divo que al indiano suelo
"De honor y gloria le cubriera ufano

(1) Esta fué la estrofa que se colocó abajo
del retrato del poeta, como puede verse al
principio del tomo primero de esta obra.

"Con sus cantares, que apreciaron siempre
"Númens altos."

Las nueve hermanas de fulgor circuitas
Con negra veste recamada de oro,
Flotante el pelo, sin aliño ni orden,
Bajan al soto.

Cabe el sepulcro dolorosas vierten
Fragantes flores; y el aroma digno,
Al cielo sube en reverente voto
Por su querido

La bella Euterpe que preside al coro,
En lira de ébano se adelanta á todas,
Y en estos safos la mortal elegía
Lúgubre entona.

Hado ominoso, vengador insano,
¿Por qué nos privas del mejor ingenio?
¿Por qué descargas tan soberbio golpe,
Bárbaro, fiero?

¿No hay malhechores cuya saña impía
El cielo irrita con inmundo crimen?
Pues, ¿cómo al justo la fatal guadaña
Ciego diriges?..

¿Con que te llevas al cantorpreciado,
Que á el alma Madre del Creador divino,

En dulce metro consagrara ufano
Cánticos, é himnos?

¿A aquel que á impulsos del sagrado fuego
Penetra al solio de inmortales luces,
Cantando al fuerte, prepotente y sabio,
Próvido Númen,

¿A aquel que el estro del valor enciende
En los leales mexicanos pechos,
Al modulante resonar altivo
¿De sus acentos?

¡Ay! tú llevas al virtuoso "Silvio," (1)
Que á la inocencia y al amor celebra
En su festiva, juguetona y dulce,
Rústica avena.

¡Cruel! mas ¡dónde! ¡suspitar cansado!
Un llanto estéril mis mejillas baña:
¿Dónde te has ido, NAVARRETE amalo?
¿Dónde tus gracias?....

¡Tú, ya no existes!... decretólo el cielo;
Así convino. La mansión eterna
A tus virtudes era justo fuese.
La recompensa.

(1) Este nombre se da en sus poesías pastoriles.

Castos amores, celestial "Clorila,"
"Celia" inocente, la fatal guirnalda
De la cicuta y el beleño, sea
Fúnebre gala.

Con que hoy en torno del sepulcro triste
Entonaremos el "á Dios" postrero:
Venid, y el llanto doloroso sea
Nuestro consuelo.

Venid, zagales, del Parnaso indiano,
Y en vuestros himnos perpetuad su nombre:
Haced que al tiempo su memoria exceda,
Arcades nobles.

FIN